

Gatos Detectives



Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

UN LADRÓN MUY FELINO

Ilustraciones de
Stefano Turconi

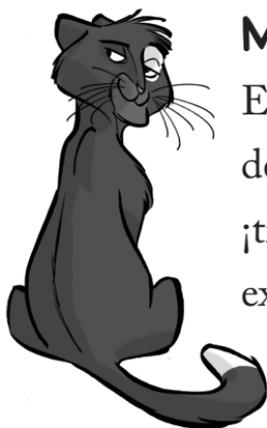
Traducción de Andrés Prieto



laGalera



LOS PROTAGONISTAS



Mister Moonlight

Es el jefe de los gatos detectives. Astuto y audaz, ¡tiene una intuición excepcional!



Josephine

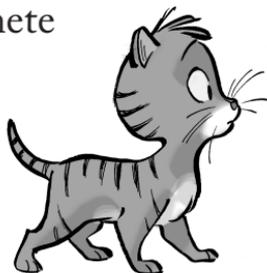
Elegante y sofisticada, enamora a todos los gatos de París.





Ponpon

El pequeño del grupo.
Es tozudo y algo torpe,
¡siempre se mete
en líos!



Dojó el Marsellés

Es un gato vagabundo,
sarnoso y pícaro, que
conoce todos los secretos
de los bajos fondos.





Olivier Bonnet

Artista y soñador, es el «amolimentador» de Mister Moonlight. No es tan espabilado como su gato, pero es amable y generoso con los felinos de la ciudad.

Luc Raté

Es un ratón de campo pequeño y achaparrado. Educado y servicial, es el ayudante oficial de Mister Moonlight.



Tenardier

Fugado del zoo cuando todavía era una cría, es el rey de las alcantarillas de la ciudad. ¡Lo sabe todo el mundo!



Inspector Rampier

Conocido en todo París, tiene un par de bigotillos que se le erizan cada vez que ve un gato. Es huraño y gruñón, ¡y siempre se equivoca al resolver sus casos!



Cauchemar

El bulldog de Rampier. Es muy grande, pero en realidad es bastante cretino. ¡Está dispuesto a hacer lo que sea para capturar a los gatos detectives!



Gatomas

El gato ladrón más famoso de París. ¡Es tan astuto, ágil y listo que es imposible atraparlo!



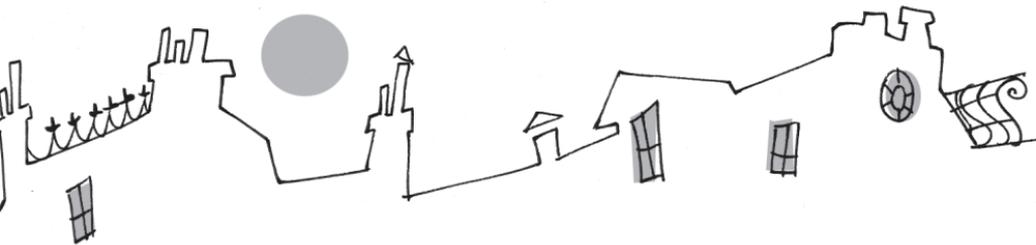




Capítulo 1

La elegancia de la pajarita

Cuando el sol se oculta detrás de los tejados de París y la oscuridad se extiende por encima de las chimeneas, un firmamento de luces comienza a brillar en la ciudad. Se encienden poco a poco, primero en los amplios bulevares iluminados con electricidad, y después en las calles flanqueadas por viejas farolas de gas. Se encienden las ventanas, los escaparates de las tiendas todavía abiertas, los restaurantes, los teatros... hasta que cae la oscuridad y París se transforma, como cada noche, en la «ciudad de las luces».

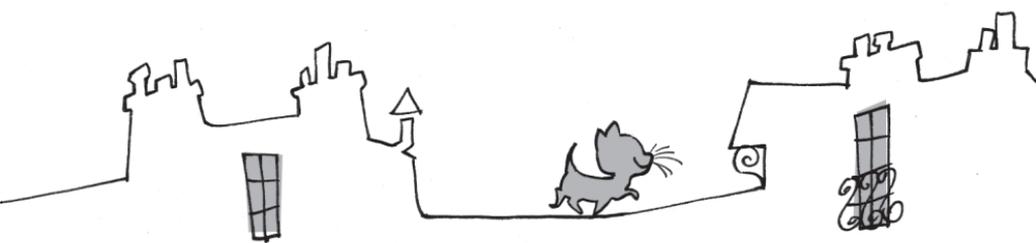


Pero en el barrio de Montmartre, en la última planta de un edificio largo y estrecho, en el número 12 de la calle Victor Massé, aquella noche las ventanas no estaban iluminadas. Y no se debía a que la casa estuviese vacía, al contrario: solo que su ocupante veía perfectamente en la oscuridad. Y esto no os sorprenderá demasiado, porque el propietario de la casa (o, mejor dicho, de la buhardilla) era un gato. Un gran minino negro que se llamaba Mister Moonlight, porque era estadounidense.

Cuando se quedaba solo en casa, a Mister Moonlight le encantaba tumbarse tranquilamente sobre un cojín colocado en el alféizar de la ventana y contemplar París desde lo alto.

—Pssst, señor —murmuró una vocecita—. ¿Desea que le encienda una vela? ¿O quizá mejor una lámpara de petróleo?

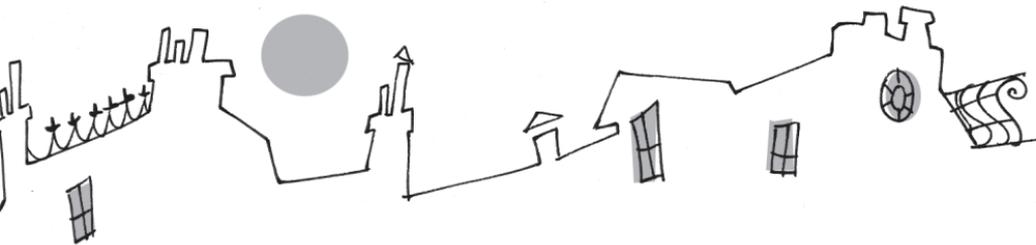
El que había hablado era un ratón de campo.



Se llamaba Luc Raté y era el mayordomo de Moonlight. La gente suele pensar que los gatos y los ratones no se llevan bien, pero en general todas estas ideas son meras habladurías sin ningún fundamento. Los únicos enemigos *auténticos* de los gatos son los perros, también conocidos como «ladrosos».

—No, gracias —respondió el minino, estirando las patas—. Prefiero quedarme un rato más aquí, es un espectáculo maravilloso. Por cierto, ¿sabes dónde está Olivier?

Olivier Bonnet era el tercer habitante de la buhardilla: un pintor regordete y bonachón que durante el día pintaba y al anochecer leía con Mister Moonlight acurrucado en su regazo. Como todos los humanos, Olivier era un tipo algo ingenuo... Por poner un ejemplo, estaba convencido de que ¡él era el auténtico propietario de la casa! En el argot felino, Moonlight

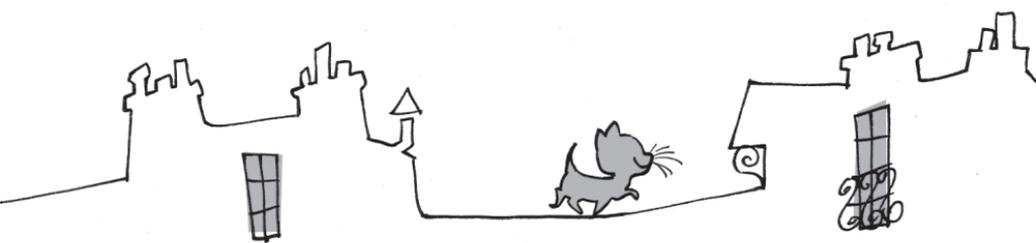


llamaba a Olivier su «amolimentador» (porque, según los gatos, ¡la única utilidad real de los humanos es suministrarles comida para que puedan mover los bigotes!), pero en el fondo el pintor y él eran amigos, y Olivier nunca se olvidaba de rascarle afectuosamente bajo la barbilla antes de salir o de arrojarse en su camita.

—Ejem...—titubeó Luc Raté—. Siéndole sincero, el pintor no se ha dejado ver desde esta mañana. Ha salido pronto de casa, rezongando que quería pintar durante todo el día y luego visitar a Prunier...

Moonlight movió los bigotes y soltó un suspiro largo y triste. El señor Prunier era un galerista, y su trabajo consistía en vender a los coleccionistas ricos los cuadros que pintaba Bonnet.

Pero Prunier era un sinvergüenza y un estafador consumado, y normalmente siempre



encontraba la manera de enredar al pobre pintor y enriquecerse a su costa.

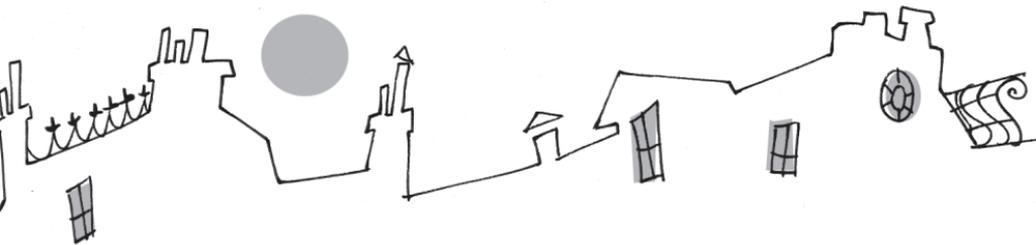
Cada vez que visitaba la galería, el pobre Olivier volvía a casa cabizbajo, con la mirada triste y los hombros caídos, y Moonlight necesitaba una tarde entera para que recuperara el buen humor.

—A ver si ha habido suerte... —murmuró el gato.

Justo entonces, la puerta del piso se abrió.

—¡Moonlight! ¡Hola, gatazo, ya estoy aquí!
—gritó una voz aguda.





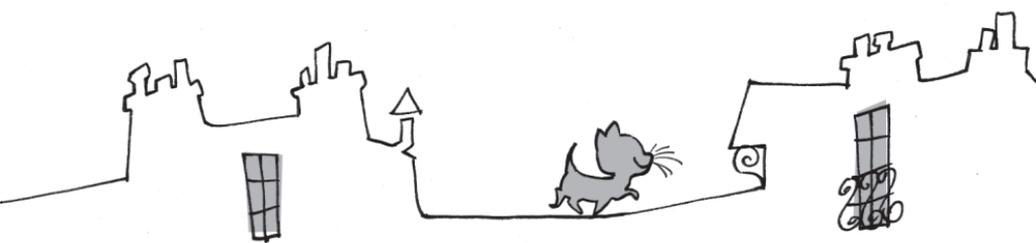
Las luces se encendieron y Luc Raté se fue corriendo a esconderse en su madriguera (porque aunque era un trozo de pan, Olivier, como muchos humanos, no soportaba a los ratones).

El pintor dejó caer su capa al suelo, lanzó su boina al colgador y cruzó la buhardilla dando unos pasos de ballet. Y como era un hombretón de más de cien kilos, durante unos segundos pareció que había un terremoto.

—¿Miau? —soltó Moonlight. Con solo que Olivier hubiese sabido un poco de mininés, la lengua de los gatos, habría entendido que su amigo le preguntaba por qué, aquella noche, estaba tan contento.

El pintor, sin embargo, lo interpretó como una invitación a sincerarse un poco... ¡Y se moría de ganas de hacerlo!

—¡Grandes novedades, amigo mío! ¡Nunca lo dirías! Justo después de trabajar he ido a la

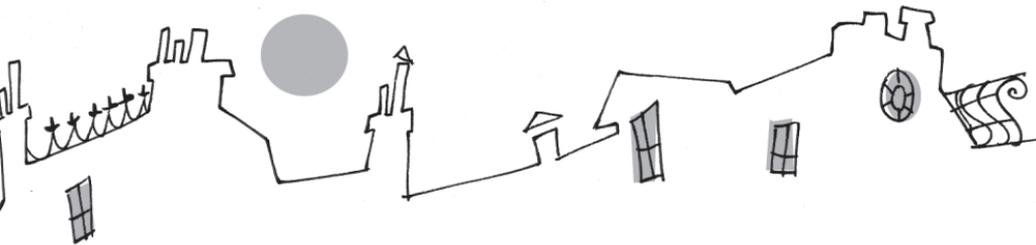


galería de Prunier... Y he llegado allí justamente cuando un cliente estaba comprando uno de mis cuadros. ¡Mío, precisamente mío! ¡Y a precio de oro! El cliente estaba tan contento de conocerme que he convencido a Prunier para que le hiciese un generoso descuento... ¡Pero incluso así hemos ganado un buen dinerillo! Este mes incluso podré pagar el alquiler, ¿qué te parece?

Mister Moonlight rio disimuladamente. ¡Ahora sí que lo entendía todo! Por casualidad, Olivier había entrado en la galería en el momento preciso, y por eso aquel mangante de Prunier no había podido engañarlo como siempre y se había visto obligado a pagarle.

El pintor continuó su relato:

—De vuelta a casa he pasado por la mercería y me he comprado un gorro... —El pintor indicó la boina que había en el colgador, detrás de él—. ¡Y un regalo para ti, amigo mío!

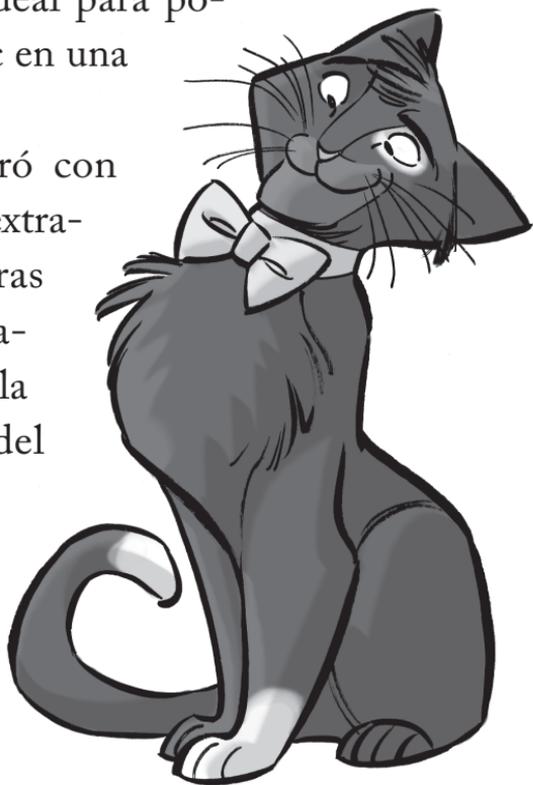


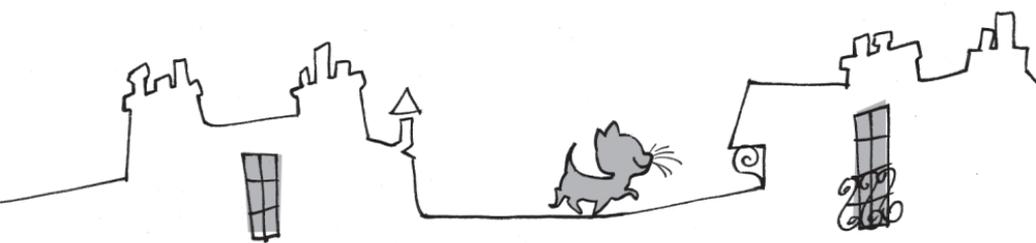
Entonces metió su manzana en el bolsillo del chaleco y sacó una cajita de madera.

Moonlight se relamió el hocico y ya se le hacía la boca agua, pero cuando el pintor la abrió se dio cuenta de que allí no había nada que pudiera comerse. De hecho, la cajita contenía un lacito: una pajarita, de un blanco resplandeciente, ideal para ponérsela con un frac en una noche de gala.

Moonlight miró con perplejidad aquel extraño regalo, mientras Olivier cogía la pajarita de seda y se la ponía alrededor del cuello.

—¡Oh là là,
te queda





estupendamente, amigo mío! –exclamó el artista–. ¡Estás hecho un auténtico figurín!

Moonlight contempló su reflejo en el cristal de la ventana. En condiciones normales se habría quitado aquella incómoda pajarita de un zarpazo... ¡Los mininos tienen una elegancia innata y no necesitan lazos ni lacitos para ser aún más seductores!

Pero la verdad era que aquella pajarita le favorecía: resaltaba sobre su piel negra como el carbón y le daba un aire distinguido. Además, aunque Olivier Bonnet no lo sabía, aquella noche Moonlight tenía una cita muy, muy especial. Y la pajarita era precisamente el toque especial que le faltaba. Otro vistazo en el espejo lo ayudó a alejar definitivamente todas sus dudas: ¿había, en todo París, un gato más chic que él?